

RESEÑAS

EVA SALGADO ANDRADE, *El discurso del poder. Informes presidenciales 1917-1946*. CIESAS-Miguel Ángel Porrúa, México, 2003.

Eva Salgado transita, en este libro, por uno de los terrenos más novedosos y controvertidos de la lingüística actual: el análisis del discurso. La autora, dentro de una perspectiva interdisciplinaria que imbrica análisis del discurso, lingüística e historia, por medio de una rigurosa metodología de análisis donde la sintaxis es crucial, desentraña los más sutiles significados en los textos de los presidentes de una compleja y crucial etapa histórica de México.

En efecto, ella comprueba en las páginas de su libro que el contexto histórico, la economía, la ideología, el poder y la política inciden en el uso de la lengua y que merced a sus funciones intrínsecas podemos desenmascarar la realidad: “adentrarse en el discurso político permite identificar los mecanismos discursivos del poder, éstos no son exclusivos del habla de los políticos sino que responden a patrones generales de procesamiento y transmisión del lenguaje” (p. 9). Los informes presidenciales, tejidos con el léxico de la más exquisita demagogia de ocho presidentes mexicanos son el foco de atención de *El discurso del poder*, cuyo *leitmotiv* es la política como acción discursiva. Está construido sobre un interesante juego de números que se conjugan para atrapar un paradigmático momento de casi treinta años de la vida nacional dominado por un presidencialismo a ultranza, que parecería que cambia superficialmente, pero que no se transforma puesto que lo que le subyace es inamovible: el poder. Así, Eva Salgado construye una sólida armazón donde se desarrolla la acción política de los presidentes vertida en sus respectivos informes de gobierno pronunciados entre 1917, cuando se promulga la Constitución mexicana, y 1946, años en que empieza la consolidación del partido político que vivió en el poder por casi setenta años: “los informes presidenciales representaban discursos idóneos, por cuanto permiten la

reconstrucción de un largo período y se ajustan a directrices generales: son resultantes de una norma legal, confrontan a dos de los tres poderes que conforman el Estado y existe regularidad en su emisión...” (p. 37). Las palabras de Carranza, Obregón, Calles, Portes Gil, Ortiz Rubio, Rodríguez, Cárdenas y Ávila Camacho hechas texto, desfilan en este libro sobre una sólida pasarela de cuatro partes y nueve capítulos. En estos ocho personajes, brillantes unos, insignificantes otros, Salgado detecta un coincidente punto en común: un discurso mistificador, sea austero, sea rimbombante, de una realidad mexicana que pretende ser enmascarada dentro de un ropaje democrático y exitoso.

La estructura del libro obedece a un estratégico plan que descansa en tres ejes íntimamente relacionados entre sí, pero con un peso específico propio: el teórico y metodológico, el histórico y el lingüístico. Así, para demostrar la validez, carácter y estatuto científico del discurso político, en la primera parte, Salgado se centra en lo más conceptual y teórico dividiendo en dos capítulos su propuesta teórica metodológica: el primero denominado “Lenguaje, discurso y política” y el segundo, “Herramientas de análisis”, importantes capítulos éstos puesto que uno pone de manifiesto a los teóricos que nutren la postura de la autora y dialogan con ella: Carbó, Van Dijk, Vattino, Foucault, Giménez, Ducrot, Ong, Vygotsky; y el otro porque describe con minucia los avatares de la construcción del *corpus*, integrado por 595 unidades establecidas con criterios rigurosos y sistemáticos: selección previa del primero y último informe pronunciado y vertido después a la lengua escrita de cada uno de los presidentes. Para formar una macroestructura textual confiable todos ellos deberían tener una organización común (introducción o exordio, cuerpo del discurso y clímax o mensaje final), y una temática regida por un mismo hilo conductor que permitiera descubrir lugares estratégicos de significación, constituidos por campos semánticos, oraciones de distinta índole y categorías lingüísticas varias como piezas clave de una herramienta indispensable para develar el núcleo de las intenciones presidenciales.

La segunda parte, “Contexto histórico, macroestructura y acciones discursivas”, está formada por dos interesantes capítulos: el tercero titulado “Escenario histórico y primer acercamiento”, y el cuarto, “¿Qué hacían los presidentes con su discurso?”; aquí, Salgado pone énfasis en la importancia del ambiente histórico como marco de referencia de la vida de los presidentes y en la forma en que elaboran su discurso. Los subtítulos del capítulo cuarto: “¿Cómo se autoconstruyen los presidentes?”, “El desdoblamiento de personalidad”, “Discurso autobiográfico”, “Hacer hablar al otro” y “Quiénes fueron los interlocutores” son pórtico de entrada a las coincidencias de ocho personajes repartidos en tiempos históricos diferentes, pero hermanados en la palabra que promete redención social y bonhomía.

En la tercera parte, medular en el libro, “Análisis sintáctico”, la lengua, ya como forma, ya como función, ya en la sintaxis, la semántica o la pragmática, toma la palabra. En cuatro jugosos capítulos Salgado trabaja con diversas categorías lingüísticas para analizar y desenmarañar con pericia el trasfondo del discurso presidencial. Así, las oraciones, principal, coordinada o yuxtapuesta son centrales en el capítulo cinco (“Estructura oracional”), ya que, a decir de nuestra autora: “dan cuenta de cómo, uno tras otro, los presidentes van tejiendo el camino hacia la institucionalidad, camino que con pautas diversas, a veces notorias y a veces sutiles, se encarga de rebatir ideas, enfrentar disyuntivas, poner condiciones u ofrecer explicaciones” (p. 256). “Núcleo, parte medular del discurso”, título del capítulo seis, está enfocado al análisis de los constituyentes principales del sujeto y el predicado: el nombre y sus funciones, y el verbo y sus accidentes (tiempo, modo y voz) son elegidos por la autora para mostrar cómo los presidentes los manipulan para afianzar el poder. De ahí que los sujetos gramaticales sean la clave del desdramatamiento de lo que el presidente busca asumir, como la responsabilidad de lo dicho con un “yo”; soslayar, haciendo a los otros responsables, con un “ustedes”, o solapar esa responsabilidad, en la imprecisión de un pronombre impersonal como “se”. En el capítulo siete, “El referente nombrado y sus atributos”, los sustantivos y los adjetivos están en la mira de Salgado para ilustrar su papel definitivo en el entramado discursivo. Piénsese en el poder enorme de los adjetivos calificativos “ilustre”, “enorme”, “mexicano”, “estéril”, en boca de un presidente todopoderoso que califica o descalifica, a partir de su posición privilegiada; o del uso de los posesivos “mi”, “nuestros”, “sus”, que lo incluyen o excluyen, de acuerdo con sus necesidades de convencer o persuadir, en el momento de su enunciación. Sobre esta misma línea del poder de las categorías gramaticales en el entramado del discurso, el capítulo ocho, “Modificadores de sentido”, pone a los adverbios en el corazón del análisis: “los adverbios son una valiosa herramienta lingüística que introduce información adicional a lo que originalmente se ha expresado, es decir hacen posible dar un mensaje dentro de otro mensaje, modificar el mensaje original” (p. 357). Los adverbios en *-mente* llevan la batuta en este ir y venir de significados fabricados: “ansiosamente”, “apresuradamente”, “simplemente”, “serenamente”, “desafortunadamente” pueblan los discursos de los presidentes estudiados, tergiversando y recomponiendo realidades.

Por último, en la cuarta parte del libro, “A manera de conclusión”, cierra Salgado con el capítulo nueve, “Una lectura cronológica del discurso del poder en México”. Este interesante capítulo es una especie de recapitulación de los ocho anteriores, una puesta en escena, desde 1917, con el constitucionalista Venustiano Carranza, hasta 1946, con el conciliador Manuel Ávila Camacho, de los rasgos distintivos del discurso político mexicano que “se alimenta de otros que

le preceden o le son contemporáneos y a la vez se integra en la gran producción discursiva del poder en México” (p. 303). En un ejercicio de autoevaluación en torno a sus resultados, concluye con una reflexión de Adam Schaff: “Nosotros reescribimos continuamente la historia porque los criterios de valoración de los acontecimientos pasados varían con el tiempo, y por consiguiente la percepción y selección de los hechos históricos cambian para modificar la misma imagen de la historia” (p. 467).

No puede dejar de mencionarse, en este recorrido, el Anexo 2, valioso *per se*. Está ahí, generosamente, una red de relaciones interdisciplinarias expuesta con el rigor de la sistematicidad que Salgado se impone, para delicia, rubor, enojo, desencanto o reflexión de quienes pretenden entender las entretelas del poder político mexicano desde múltiples perspectivas que confluyen en la lengua. Con ello la autora logra legitimar la importancia de la interdisciplinariedad. Los hechos no se dan aislados ni se explican por sí solos, hay que entretejerlos para encontrar su verdadero significado social, cognoscitivo y lingüístico. Hay un cuadro (p. 99) que, desde mi punto de vista, resume la complejidad de esta red y logra apresar 29 años de historia, hecha discurso y acción política.

Y hablando de valores, me centro ahora en los más sobresalientes de *El discurso del poder*. Sin comprometerse con grandes discusiones teóricas sobre la naturaleza y la esencia del discurso, Salgado comprueba contundentemente que el tipo de análisis del discurso al que ella se ciñe sí tiene un estatus de ciencia. La robustez de la metodología seguida se lo confiere. Dentro de un escenario histórico que enmarca los sentires y pensares de una época, los mecanismos de la lengua reiterativos contribuyen a su interpretación cabal: el lenguaje es arma poderosa de construcción de significados, herramienta ideológica, marca social y poder revestido de mil formas para consolidar intencionalidades varias. El lenguaje, al permear la vida del hombre, encierra en sí mismo las claves para desentrañar sus sentidos. De esta compleja labor salió airoso Salgado, un análisis agudo y sensible la condujo al significado prístino de palabras, de oraciones, del discurso en su totalidad y, ya desmaquillado, nos regala una espléndida panorámica de un momento definitivo para comprender la conformación del México contemporáneo: el presidencialismo.

El discurso del poder incita, cuestiona, convence, abre vetas de investigación, por ello se constituye en un referente importante para hablar del discurso político mexicano y hacer ciencia lingüística con él.

REBECA BARRIGA VILLANUEVA
El Colegio de México